

LALO ORTIZ

■ J. R. M. Ávila*

Al llegar al estacionamiento exclusivo de Colegio Civil Centro Cultural Universitario, le doy mi nombre al vigilante de la caseta y le digo que soy invitado del presentador del libro sobre los Barón. Me busca en la lista que le han dado. Por supuesto, no aparezco en ella, pero me deja pasar. “A ver si no me regañan”, dice. Le sonrío como para darle confianza y voy a estacionarme.

Busco la entrada del Aula Magna y encuentro una larga fila. ¿Cuándo se ha visto que la presentación de un libro haya sido taquillera en Monterrey? No tengo prisa. Falta media hora para que inicie el evento, así que no me formo. Al único que conozco es a Guillermo Berrones. Le pregunto si es él quien va a presentar el libro. Sonríe al decir que sí y yo descanso: al menos no le mentí del todo al guardia. Le pregunto quiénes serán los otros presentadores y dice sonriendo que nadie más. “No me lo vas a creer”, agrega, “pero no he leído el libro completo”. “Al que en el aire las compone, nunca le faltarán palabras”, le digo, y reímos abiertamente.

La fila avanza y, mientras Guillermo va a ver cómo encaja en el evento, entro al recinto detrás de quienes estaban formados. Saludo a Vicente Esparza. Me presenta a un exalcalde de Apodaca a quien sólo saludo por educación, porque no vengo a darle coba a nadie. Queriendo ser atento, Vicente me indica que puedo sentarme de cierta fila hacia atrás. Me coloco en la 14, viene y me pregunta por qué me senté tan atrás. “Aquí estoy bien, gracias. No te preocupes”, le digo y sigue atendiendo a sus conocidos.

Por el pasillo que colinda con mi asiento, empiezan a desfilar exalcaldes de Apodaca. Abrazos con fuertes palmadas en las espaldas, voces estentóreas como para que la gente se dé cuenta de que alguien importante ha llegado, bromas confianzudas para

sentirse entre pares, saludos condescendientes de los hidalgos del pueblo-que-ahora-es-ciudad hacia quienes no forman parte del aparato político.

De repente, una voz que se sabe escuchada por mucha gente llena el pasillo a mis espaldas. Volteo para ver de quién se trata, pero me quedo en las mismas porque me da la espalda mientras platica con quienes lo rodean. No deja de hablar, volteo de nuevo y encuentro que es César Garza, el actual alcalde. Fue mi alumno en primaria hace unos cuarenta años, pero ahora no me conoce ni lo conozco, y además no vengo



Para ti mi luna

*Autor de los libros “Ave Fénix”, “La guerra perdida” y “Relámpagos que fueron”. Ha publicado en las revistas “Entorno”, “Política del Norste”, “A lápiz”, de la UPN, Unidad 19B de Guadalupe, N. L. “Entorno Universitario”, “Polifonías”, “Reforma Siglo XXI”, de las Preparatorias 16, 9 y 3, respectivamente, y “Conciencia libre”.

a ver qué ganancias obtengo. Fanfarronea, bromea sobre el saco de alguien, sobre un juego de futbol que ganarán el día siguiente. Casi sin decir esta boca es mía, llega otro exalcalde, Claro Escamilla. Fue director de la secundaria de Apodaca, cuando yo estudiaba ahí. Lo conozco, pero tampoco me ha de reconocer. Podría ponerme de pie y saludar, pero tampoco he venido a eso y, como a agua que no he de beber, desde mi asiento los observo avanzar por el pasillo.

A pesar de que el evento iniciaría a las siete de la noche, ya son más de las siete y media, y esto ni se tibia. En el pasillo extremo derecho del aula magna hay movimiento, gente que se toma fotos con alguien de sombrero. Apenas le toman una, hace por sentarse, pero llega otra persona y pide foto y él no se niega. No lo dejan en paz, una foto tras otra, muchas más. ¿Quién es? ¿Es acaso Lupe Esparza? Me parece muy raro que ande en un evento de los Barón si está reñido con Óscar Flores, el representante que le escamoteó el nombre a Bronco. No estoy muy enterado de estos chismes de la farándula, pero por ahí va. En fin, de que es raro, lo es.

Una mujer conduce la ceremonia. Entran los seis integrantes de los Barón de Apodaca, el alcalde César Garza, el representante Óscar Flores, el director de Extensión Cultural de la UANL José Garza, y el presentador Guillermo Berrones. Se mencionan nombres de exalcaldes, de cronistas, de invitados especiales. Nadie menciona a Lupe Esparza. Viéndolo bien, tal vez no quieran que les haga sombra. Pienso que no debió venir. Supongo que sería mejor que dijeran: ¿Y aquél por qué no vino?, a que digan: ¿Y éste por qué vino?

Hay palabras de José Garza, del presentador del libro, del alcalde, del representante, del vocalista Baldo. Todos mencionan los mismos nombres. Hay aplausos cada que se menciona el nombre de Ramiro Estrada Sánchez, fallecido autor del libro que hoy se presenta: *Y por esa calle vive. Cuarenta años de Los Barón de Apodaca*. No se hace mención de Lupe Esparza. Debe estar muy molesto porque lo ignoran rotundamente. Antes mencionan mi libro *Relámpagos que fueron*, que a él. ¿A qué se debe?

Al terminar el evento, que ha sido más homenaje a los Barón de Apodaca que presentación del libro que sobre ellos trata, y después de entregar reconocimientos por parte de la Universidad, se

anuncia que habrá música y que al final los libros serán autografiados por los Barón (Por supuesto, ¿el autor cómo podría hacerlo?). Volteo y veo hacia donde se encuentra Lupe Esparza y me digo que no es justo que lo hayan ignorado toda la noche.

Mientras los músicos se acomodan para tocar, me levanto, camino por enfrente del escenario y llego hasta mi amigo Lupe Esparza. Me acucillo y le digo: “¿Cuándo escribimos el libro sobre Bronco?”. Se me queda viendo, parece no saber de qué le hablo. “No, pues no sé quién, yo no...”, dice. Y entonces le digo: “Yo lo voy a escribir, pero necesito de tu ayuda”. Él sonrío nervioso: “La verdad es que yo no puedo”.

Al verlo tan sorprendido, caigo en la cuenta de que no me he presentado y le digo: “No me recuerdas. Déjame decirte quien soy”. Se lo digo y se queda en blanco. Continúo: “Estudiamos juntos en la secundaria de Apodaca, en el mismo grupo los tres años”. Le repito mi nombre le hablo de Juan Francisco Martínez Aquines, que tocó la batería en Bronco y en los Barón. Ni así me reconoce: “Mi amigo... Es que yo no soy Lupe”, dice mientras se quita el sombrero y los anteojos oscuros.

“¿En serio no te acuerdas de mí?”, le digo contrariado. “No, la verdad que no”. Voltea y le dice a su acompañante: “Dile que no soy Lupe”. El otro dice: “No, no es él”. Yo terco a que sí es y él insistiendo en que no lo es. “Soy un fan de Lupe y canto como él, pero no soy él”. Poco a poco me convengo de mi error, sonrío y empiezo a disculparme. Él continúa: “Me gustaría ser su amigo, en serio me conmueve que crea que soy Lupe. Qué más quisiera, pero yo me llamo Lalo Ortiz. Y créame que esto me lo llevo en el alma”.

Todavía estoy sin creerlo, no sé qué decir, me siento estúpido. “¿Tiene Facebook?”, me dice y le contesto que sí. Le doy mis datos. Me busca en el celular y dice: “Le acabo de pedir amistad. Ojalá me acepte”. “Claro que sí”, le aseguro y me disculpo de nuevo por haberlo confundido. Nos despedimos de mano.

Me siento más atrás y me quedo a oír dos canciones. Todavía contrariado, me pregunto a qué vine. La contrariedad se va diluyendo y poco a poco, se me aclara la situación. Ya antes de salir pienso que no fue en vano haber venido. He encontrado una historia que escribir. Y, bueno, aquí está.